

mejor acomodadas de Porto-Ferrajo compraron los palcos, cuya adquisición motivó empeñadas porfias, pues eran de propiedad vitalicia. No hubo para cuantos los querían. Los accionistas tomaron el título de *académicos*, con este mote: *¡Para nosotros la suerte!* Albañiles, carpinteros, ebanistas, tapiceros y cerrajeros pusieron manos á la obra para que el edificio estuviese á punto de inauguración en los primeros días de Enero de 1815.

Absorbido el Emperador por la situación política, no tardó en delegar en Paulina la superintendencia de todas aquellas frivolidades.

* * *

El 1.º de Noviembre se abrió el Congreso de Viena; pero antes había Talleyrand conferenciado individualmente con cada uno de sus miembros acerca del rapto del Emperador, como medida urgente sobre todas, y su deportación á lugar más seguro que la isla de Elba.

La idea flotaba en las mentes y Talleyrand la favoreció al formularla, pues los extranjeros tenían reparo en emitirla, y procedente de un francés, era natural aceptarla. Talleyrand propuso las Azores, en el Atlántico, que, como él decía, «están á quinientas leguas de tierra firme, y los portugueses, sus dueños, no tendrían más remedio que conformarse con tal decisión». También se propusieron las islas de Santa Lucía, la Trinidad y Santa Margarita, en las Antillas, ó mejor aún, Santa Elena. La más insalubre sería la más á propósito, pues su mortífero clima libraría pronto á los habitantes del huésped que se les enviara (1).

De todo esto llegaron avisos á la isla de Elba por cartas, visitantes y emisarios secretos. El Emperador fingió no creerlo, y á quienes, emocionados, le preguntaban si era cierta la noticia, les respondía: «Europa no hará tal. Sobre todo para Inglaterra, Santa Elena es imposible, pues me pondría demasiado cerca de las Indias. Por otra parte,

(1) Correspondencia de Talleyrand y de Luis XVIII, 13 y 21 de Octubre y 7 de Diciembre de 1814. Prusia é Inglaterra aprobaban calurosamente el proyecto, Austria ponía reparos y Rusia callaba. Luis XVIII juzgaba la idea «excelente», pero los escrúpulos de conciencia anublaban su satisfacción. «Dicho sea entre nosotros,—respondía á Talleyrand,—yo prescindiré de las estipulaciones de Fontainebleau si el proyecto se realiza.»

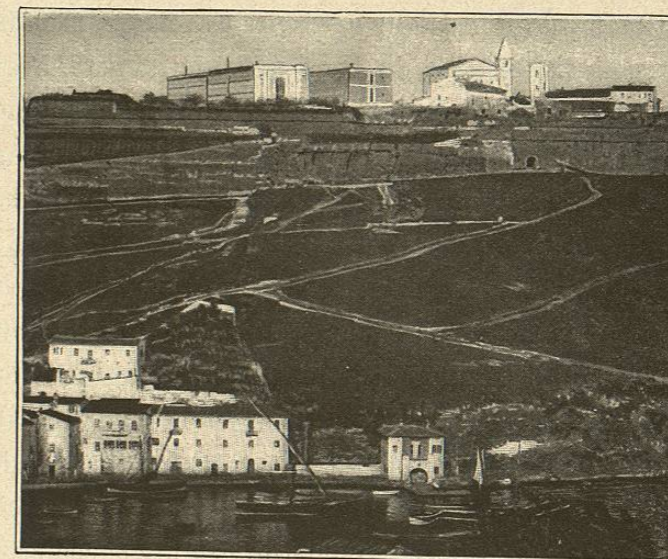
aquí podemos defendernos durante dos años.» El peligro que para Inglaterra y sus Indias resultaría de su reclusión en Santa Elena, era una de tantas frases con que cerraba los labios de sus interlocutores cuando no sabía qué responderles. Tal vez estaba perplejo aún cuando desembarcó en la isla un desconocido á quien inmediatamente recibió en audiencia. Estuvieron hablando una ó dos horas, y en seguida volvió á embarcar el desconocido. «Desde aquel día,—dice Peyrusse,—cambió el carácter

de S. M., cuya conversación fué breve y su mal humor manifiesto.»

La visita de aquel personaje y la evidente mudanza de su carácter, daban alarmante consistencia á tan graves rumores (1).

El Emperador se lamentó acremente á Campbell de la perfidia que

se preparaba; pero ya no se forjaba ilusiones acerca del verdadero papel que éste ejercía en la isla de Elba, ni abrigaba esperanza alguna de obtener de él lo más mínimo en circunstancias graves, en compensación de haber soportado su espionaje. Las relaciones se agriaron. Campbell quiso sobornar uno tras otro á los servidores del Emperador: á Bertrand, Drouot y aun al mismo Pons, á quien prometió, si se volvía á Francia, influir en el gobierno inglés para obtenerle un buen empleo (2). A los granaderos de la Guardia les aconsejó la desertión. Se le enviaron algunos con apariencias de descontento, y



Porto-Longone y su ciudadela.

(1) PONS DE L' H., p. 371; PEYRUSSE, p. 262; CAMPBELL, p. 172 y 209.

(2) Estas proposiciones indignaron á Pons, que las rechazó de plano, y acaso con su acostumbrada rudeza, pues en la lista de las personas que siguieron al Emperador, hecha por Campbell después del 26 de Febrero de 1815, dice de Pons: «Hombre violento, intrigante, un mal sujeto.» (CAMPBELL, p. 382, edición inglesa.)

cayó en el lazo (1). El Emperador supo desde luego que las idas y venidas de Campbell entre las islas y el continente, sus ausencias so pretexto de descanso y quebrantos de salud, ó de visitas á los monumentos artísticos de Italia, y aun de galantes devaneos en Luca y Florencia, tenían por objeto organizar el espionaje y las hostiles connivencias que le rodeaban. Temeroso entonces de que el mal suscitado por Campbell superase al bien que de él esperaba, trató de alejarle poco á poco por medio de la etiqueta, la frialdad, de las esperas en la antesala, de ingeniosas descortesías, denegación de audiencias y exclusión sistemática de las fiestas de palacio, á que fueron invitados otros ingleses de paso en la isla. No se perdonó medio para que, bajo apariencias afables, comprendiese que ya no era grata su presencia, y herido en su amor propio, se marchase de la isla (2).

Lo comprendió Campbell, pero no hizo caso, «resuelto á sacrificar sus sentimientos al deber que le incumbía cumplir», en espera de que el Congreso de Viena, al determinar definitivamente la suerte de Napoleón, le librase de los desaires que estaba soportando. Siempre que se había tratado de suprimir el buque inglés anclado en Porto-Ferraio, se opuso Campbell y logró su propósito, demostrando que era la única garantía eficaz contra una evasión del Emperador.

A la *Undaunted*, venida de Frejus, sucedieron la fragata *Curaçoa*, el brique *Swallow* y la corbeta *Partridge*, á cuyo capitán Adye presentó Campbell en el palacio de los Molinos el 5 de Diciembre, porque oficialmente Inglaterra mantenía un barco en Porto-Ferraio para complacer al Emperador.

* * *

Aquel rapto, cuya inminencia y peligro exageraba la imaginación, ¿cómo y por quién se llevaría á cabo? ¿Qué potencia europea sería capaz de ello? ¿Acaso lo encomendarían á los berberiscos, cuyos ligeros buques, en que ondeaba el estandarte del Profeta, circuían sin

(1) *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 27; PONS DE L'H., p. 152.

(2) CAMPBELL, p. 113, 114, 135, 168, 202 y 205; *Correspondencia imperial*, 21.608 y 21.642; PONS DE L'H., p. 212.

cesar la isla? ¿No habían intentado los piratas capturar al Emperador durante la travesía de Frejus á Elba, con objeto de llevarlo sogá en cuello al Bey de Argel, que se hubiera enorgullecido de tener á un tan significado cristiano por remero en sus galeras ó por peón en sus jardines? ¿No habían impedido en los meses de Junio y Julio que Leticia se embarcara en Ostia, y no era preciso, para proteger los buques mercantes y los de cabotaje elbenses, que el *Inconstant* los persiguiese con cincuenta soldados á bordo (1)?

Verdaderamente, el Emperador supo precaverse cuando al estipular el tratado de Fontainebleau exigió que se le entregase la isla de Elba con todos sus cañones, municiones de guerra y fortalezas, que el gobierno francés pretendía desartillar. Porque, ¿y si eran ciertas aquellas historias de bandidos? ¿Si le capturaban en una de sus excursiones costeras, ó le apresaban en uno de sus viajes á Pianosa, ó se apoderaban de él escalando su palacio, favorecidos por la obscuridad de una noche sin luna?

Un suceso inopinado pareció rehabilitar á aquellos bergantes. Un velero tunecino ancló en Porto-Longone, colocándose al alcance del cañón de la ciudadela, y su capitán, vestido de gala, con magnífico turbante, valiéndose de dos renegados para preguntar «si el gran Dios de la tierra estaba allí», pues quería prosternarse en su presencia. En seguida compró sin regatear un pabellón elbense, que izó en la antena saludándole con tres cañonazos. El capitán del puerto avisó al Emperador, que se hallaba en la ciudadela, y se le respondió al berberisco que el reglamento de sanidad aplicable á todos los buques levantinos, le impedía acercarse al Emperador, pero que éste iba á salir al instante de paseo y entonces podría verle de lejos. Era de temer alguna doblez de su parte.

Salió el Emperador con escolta y saludó con la mano al capitán, que se prosternó, con los brazos cruzados contra el pecho. Antes de reembarcar le preguntaron los circunstantes qué le había parecido el héroe á quien acababa de contemplar, y respondió: «Sus ojos centellean como el cristal». Le volvieron á preguntar si trataba de decla-

(1) *Registro de la isla de Elba*, núm. 43; *Correspondencia imperial*, 21.598 y 21.632; PONS DE L'H., p. 311; CAMPBELL, p. 16, 18 y 149; *Carta á Mme. d'Arbouville*. (*Archivos catranjeros*.)

rarle la guerra, á lo que repuso: «Yo no peleo contra Dios». Y añadió: «No son los pequeños, sino los grandes, quienes traicionan». El Emperador le envió al barco algunas provisiones con varios regalos, y el berberisco se retiró dando las buenas noches á todo el mundo con repetidas voces de: *Addio, addio, musiu!* (1).

El Emperador hubiera querido que «se le sacaran más palabras», pues su actitud podía ser meramente personal y no la misma que la de otros con más autoridad, según dejaban temer sus últimas frases. Las regencias de Túnez, Argel y Trípoli no eran solidarias una de otra, y aquella visita no probaba nada al fin y al cabo. El Emperador se aprovechó de ella, sin embargo, para tranquilizar á su corte, diciendo con aire de satisfacción: «Ya tenemos una espina menos en el pie». Pero siguió tomando precauciones (2). Cuando en Génova, Liorna, Piombino, Civitavecchia y Nápoles se enteraron de la visita del capitán berberisco, los buques mercantes de dichos puertos solicitaron del Emperador permiso para cubrir sus mercancías con el pabellón elbense, y se acrecentó la fama del soberano de la isla de Elba.

Lo más divertido de esta aventura fué que á Campbell se le metió en la cabeza que esos mismos piratas berberiscos á quienes en Elba se acusaba de estar á sueldo del Congreso de Viena, ó de Luis XVIII, mantenían connivencias con Napoleón y le traían mensajes secretos, al par que enviaban los de él á Génova, Córcega y Nápoles, permitiéndole ponerse en comunicación con ignorados conspiradores que se daban cita en la isla Pianosa. Campbell ordenó á sus agentes en Elba una información «sobre la naturaleza y amplitud de la connivencia entre los berberiscos y el Emperador», pero como no lograrse poner en claro sus sospechas, se fué á Liorna para interrogar á Mr. Mariotti, cónsul de Francia, quien tan inquieto como él, se disponía á escribir á Talleyrand, diciéndole que «los barcos tunecinos eran bien acogidos en Porto-Ferrajo, y que gracias á este refugio, uno de ellos navegaba por allí, poniendo espanto en toda la costa». Campbell se alargó hasta Florencia para dar cuenta del caso al gobierno austriaco. En esta ciudad encontró al barón Hyde de Neuville, llegado de París con encargo

(1) CAMPBELL, p. 173; PONS DE L'H., p. 312; LABORDE, p. 42; CHAUTARD, p. 88.

(2) *Registro de la isla de Elba*, núm. 137.

secreto de reunir informes exactos de Bonaparte y de sus maniobras en la isla. La conversación entre ambos agravó sus mutuos temores, y convinieron en la posibilidad de una conspiración tramada por los berberiscos para transportar al Emperador á Tolón, en donde algún traidor le entregaría la escuadra del Mediterráneo, el arsenal y la ciudad. Hyde de Neuville se restituyó á París, con objeto de participar al rey tan espantoso descubrimiento (1).

Los berberiscos tenían buenas espaldas.

Cualquiera que fuese el procedimiento adoptado para apoderarse del Emperador, era seguro que la empresa sería difícil y desesperada la resistencia. Así se lo había prevenido á Campbell, para que lo repitiese á quien correspondiera (2).

Medio más práctico de desembarazarse de él era el asesinato.

Ya cuando su permanencia en Marciana, «voces amigas le habían aconsejado que no se aislara bajo los copudos castaños», y más de una vez, durante sus ensueños en el monte Giove, miró á su alrededor por si aparecía algún fusil entre los claros del bosque; pero como para guardarle hubiera sido preciso que le siguiese constantemente un destacamento arma al brazo, prefirió quedar libre de pasos y pensamientos, aun á trueque de arriesgar un disparo.

Sin embargo, desde su vuelta á Porto-Longone se habían concretado los vagos rumores que circulaban acerca de un atentado per-



Porto-Ferrajo y su golfo vistos desde los jardines de San Martino.

(1) CAMPBELL, p. 174 y 176. *Carta de Mariotti á Talleyrand*, de 15 Noviembre 1814 (*Correspondencia de Talleyrand*, p. 172); *Hyde de Neuville*, t. II, cap. I.

(2) CAMPBELL, p. 209; FLEURY DE CHABOULON, t. I, p. 106.